

Que Magallanes vuelva a liderar la tasa nacional de donación de órganos no sólo es una buena noticia sanitaria. Es, sobre todo, una señal de humanidad en tiempos donde muchas veces predominan el individualismo y la desconfianza.

Que una región extrema, pequeña en población y distante de los grandes centros médicos del país alcance por segundo año consecutivo el primer lugar nacional en donación habla de una comunidad capaz de transformar el dolor en esperanza.

Las cifras son contundentes. Mientras Chile registra una media de 11 donantes por millón de habitantes, Magallanes alcanzó 36. Seis donaciones permitieron salvar o mejorar la vida de 27 personas. Pero quizás el dato más significativo no está en los

números, sino en lo simbólico: durante 2025 no hubo negativas familiares a la donación de órganos en la región.

Ese resultado no ocurre por azar. Hay detrás un trabajo silencioso y persistente de profesionales de la salud, equipos hospitalarios y campañas de sensibilización que han logrado instalar una conversación históricamente difícil. Hablar de muerte nunca ha sido sencillo. Mucho menos decidir, en medio de una pérdida, donar los órganos del ser querido que partió. Sin embargo, Magallanes parece estar demostrando que cuando existe información, acompañamiento y confianza en el sistema, la solidaridad aparece.

Pero precisamente porque esta noticia es positiva, también obliga a evitar la autocomplacencia. Liderar el ranking nacional no significa que el

Donación de órganos

problema esté resuelto. Chile sigue teniendo miles de personas esperando un trasplante y continúa lejos de los niveles de donación de países con sistemas más robustos. Cada órgano que no llega a tiempo puede significar una vida perdida.

La realidad de Magallanes también evidencia desafíos estructurales que no deben ignorarse. La región depende todavía del traslado de equipos de procuramiento desde el norte del país, lo que refleja las dificultades logísticas y de descentralización que persisten incluso en procesos tan sensibles como éste. La capacidad técnica local debe seguir fortaleciéndose para reducir tiempos, aumentar eficiencia y garantizar que ninguna posibilidad de donación se pierda por limitaciones operativas.

Asimismo, la conciencia ciudadana no puede darse por asegurada. Los buenos resultados actuales son frágiles si no existe un esfuerzo continuo de educación y diálogo social. La donación de órganos requiere conversaciones familiares previas, claridad respecto de la voluntad de cada persona y confianza permanente en las instituciones de salud. Basta que reaparezcan temores, desinformación o desconfianzas para que las cifras retrocedan rápidamente.

Por eso, más que celebrar un ranking, lo importante es entender lo que éste representa. Magallanes está mostrando que sí es posible construir una cultura solidaria en torno a la donación de órganos. Pero también está recordando que salvar vidas depende de una cadena completa: ciudadanía informada, equipos médicos preparados, coordinación eficiente y un Estado capaz de fortalecer la red sanitaria en todo el territorio.